

# Chiapas: descripción de una revolución imaginaria en el interior de una revolución armada

Bernardo BOLAÑOS GUERRA

*Hay cielos tan nublados que  
solo los despeja una tormenta*  
William Shakespeare

Hablar de una guerra sin tomar en cuenta sus horrores es una irresponsabilidad y una falacia. Por eso, al pensar en el conflicto de Chiapas vale la pena imaginar —a manera de introducción— las enormes aves de rapiña de la selva lacandona devorando una cabeza o un brazo humanos, durante los primeros días de enero de 1994. Algunos prefieren hacer el esfuerzo contrario y negarse el gesto de espanto o negárselo a los inversionistas extranjeros: el canciller mexicano, por ejemplo, les ha dicho a éstos que la de Chiapas es una guerra «de tintas, de palabra escrita, una guerra de Internet», que los tiros duraron diez días en enero de 1994 y «no ha habido ningún disparo en los últimos quince meses, ni un sólo disparo»<sup>1</sup>.

La afirmación del canciller Gurría es falsa, escondiendo los datos de una antigua guerra que duerme y se despierta continuamente. Durante el lapso de quince meses en que han estado suspendidas las hostilidades militares directas, en Chiapas han sido asesinados más de 623 campesinos por conflictos agrarios, se han registrado 1.712 invasiones de ranchos particulares y 25 personas han sido secuestradas<sup>2</sup>. Los chiapanecos hablan de sí mismos en términos de «contrarios»: indígenas y ladinos, campesinos y ganaderos, católicos y protestantes, zapatistas y «guardias blancas» (fuerzas mercenarias de los ganaderos). Esta complejidad de opuestos a veces es reducida, en una simplificación fomentada por religiosos y activistas políticos, a la clasificación bíblica de «los pobres» y «los ricos».

## 1. DE LA MODERNIDAD FORZADA A LA LIBERACION DE LA CONCIENCIA

Si en las macabras matemáticas de la guerra los cadáveres son las unidades, en Chiapas se está estrenando una nueva aritmética. Antes de 1994, un indio muerto no contaba ni de lejos lo que un ladino muerto.

La sociedad chiapaneca ha conservado desde la colonia su estructura de castas. De acuerdo con el principal estudioso de la historia regional, la clave de la permanencia de las relaciones estamentales

entre blancos, indios, mestizos y negros, se encuentra en la modalidad de producción imperante: la ganadería<sup>3</sup>. Ser ganadero es sinónimo de ser ladino, es decir, descendiente de europeos, primero porque a los indios les estuvo prohibida la cría de ganado mayor a escala comercial durante siglos y, después, porque su forma tradicional de organización económica ha sido colectiva y agraria. La expansión de la actividad ganadera se ha realizado a costa de las tierras comunales y los ejidos. A ello se suma el crecimiento demográfico que deja a los hijos de los campesinos sin una parcela que cultivar. La base del Ejército Zapatista de Liberación Nacional está formada precisamente por miembros de comunidades agrarias que han sido expulsadas de sus tierras por los ganaderos o han dejado la parcela de sus padres para buscar la propia en las montañas y la selva lacandona.

Ante el complejo conflicto de intereses, en Chiapas el Estado mexicano ha apoyado a los ganaderos. Por lo menos tres factores explican ese hecho: la clase gobernante de la zona ha estado formada por los terratenientes blancos; la reforma agraria que la Revolución Mexicana impuso en otras regiones, en Chiapas fue mucho menor, y, finalmente, el proyecto economicista de modernización del país en las últimas décadas ha tomado como modelo de prosperidad a los empresarios. Para los tecnócratas mexicanos educados en Harvard y Yale, el modo de producción indígena, que da prioridad al consumo propio y a los cultivos tradicionales (como frijol y maíz), es una inercia insostenible en el mundo contemporáneo.

Aunque Chiapas fue una de las cuatro entidades federativas a las cuales el gobierno mexicano otorgó más recursos en la última década como parte del programa oficial contra la pobreza, la dotación por goteo de servicios públicos no es el foco del problema (a pesar de que sean alarmantes las condiciones de salud y el aislamiento). Motivo de fondo del conflicto es el enfrentamiento entre, por un lado, las fuerzas que se proponen sustituir los modos de producción de las culturas indígenas y los rasgos distintivos de éstas, y, por el otro, la resistencia local a acogerse a las reglas ajenas y engañosas de la eco-

<sup>1</sup> Palabras de José Angel Gurría el 25 de abril de 1995 en la torre del World Trade Center, Ciudad de México.

<sup>2</sup> Revista *Proceso*, núm. 966, 8 de mayo de 1995, México, pág. 31.

<sup>3</sup> Ver García de León, Antonio, *Resistencia y Utopía*, Tomos 1 y 2, Era, México, 1984.

nomía y la racionalidad occidentales<sup>4</sup>. En este sentido, es una curiosa paradoja que el levantamiento armado esté siendo más eficiente como acercamiento a la modernidad. El comandante indígena Tacho ha dicho que...

«hasta el primero de enero de 1994, pudimos conocerlos a ustedes: los que toman fotografías, los que están tomando película, los que escriben un artículo en el periódico, nunca conocíamos nosotros antes de 1994. Por eso los indígenas estábamos muy marginados, no teníamos voz»<sup>5</sup>:

La alianza del estado mexicano con los terratenientes blancos de Chiapas se ha servido del ejército y las policías. La constante ha sido la represión de los pueblos indígenas, el encarcelamiento y asesinato de líderes y la violación generalizada de derechos humanos. No obstante, también sucede el caso contrario, es decir, la expulsión violenta de minorías étnicas o religiosas de las comunidades indígenas<sup>6</sup>.

Ante esta historia de conflictos culturales, económicos y políticos, los campesinos indígenas han adquirido gran conciencia política. La lucha al interior de la burocracia administrativa y del aparato judicial es antigua y los ha dotado de cultura jurídica y constitucional; los campesinos —muchas veces analfabetos— se quejan de las reformas constitucionales recientes que los han afectado. Por otro lado, las referencias a Emiliano Zapata como símbolo de la lucha no son superficiales o gratuitas, sino reflejo de una conciencia histórica construida a lo largo de muchos años de educación nacionalista oficial, transformada en conciencia crítica por la acción de predicadores y activistas<sup>7</sup>. Algunos conceptos éticos y jurídicos del pensamiento europeo han sido introducidos por la iglesia o por intelectuales orgánicos con mucha fuerza, como la idea recurrente de «dignidad» de la persona y de los pueblos; otras ideas más sofisticadas ganan terreno, como la demanda de crear «Regiones Autónomas Pluriétnicas» a la manera de España o Canadá.

## 2. HISTORIA DE UNA FILOSOFÍA

Es sorprendente como la revolución indígena de Chiapas está traduciendo sus demandas gracias a las ideas más novedosas del pensamiento crítico contemporáneo, tomadas desde los filósofos franceses hasta el humanismo autocrítico de Emmanuel Levinas o las aportaciones de la antropología mexicana. Los intermediarios culturales del movimiento —filósofos, sacerdotes y antropólogos, no juristas— echan mano de ese arsenal teórico.

Con la sorpresa armada de enero de 1994 se hizo

público uno de esos «intelectuales orgánicos», además de líder carismático, jefe insurgente y enmascarado seductor. El subcomandante Marcos, «ese hombre que tiene un dios adentro» según la escritora Elena Poniatowska<sup>8</sup>, ha seducido a buena parte de la clase media intelectual, además de convertirse en símbolo sexual. El premio nobel Octavio Paz —enfrentado desde hace años con la izquierda mexicana— ha elogiado la prosa del subcomandante y en antologías literarias recientes los críticos destacan las «parrafadas memorables del incansable *Sup* Marcos cuando no se pone cursi o le da por redactar como conquistador español»<sup>9</sup>.

La leyenda de Marcos se revitalizó a partir de febrero de 1995 cuando el gobierno mexicano pretendió «desenmascararlo». En efecto, a su aura redentora se sumó la confirmación de su nacionalidad mexicana y de una gran trayectoria académica. En 1981, el estudiante de filosofía Rafael Sebastián Guillén Vicente, el mejor de su generación en la Universidad Nacional Autónoma de México, se inclinaba ya por las batallas ideológicas, discursivas (siguiendo la filosofía de Louis Althusser). Describía que en el lenguaje hay «objetos discursivos» que como las palabras «institución» o «nación» no son neutros o inocentes sino que reproducen la ideología burguesa, así como «explotación» o «lucha de clases» son conceptos proletarios que colaboran con los intereses proletarios. Guillén señalaba uno de los medios más sutiles que han permitido el funcionamiento del sistema político mexicano en el siglo XX: el nacionalismo inducido desde el poder gracias a libros escolares obligatorios y uniformes. El Estado mexicano edita millones de textos gratuitos de educación básica, según el joven marxista con el fin de hacer creer en la unión de todos los mexicanos y «escamotearle al obrero la conciencia de clase y de la lucha que libra contra el capital»<sup>10</sup>.

Al terminar la universidad, Guillén Vicente se convierte en profesor de una universidad pública, actividad que en México —y en particular en esos años de crisis económica— es pagada miserablemente. Sus vínculos con un movimiento guerrillero prácticamente desmantelado lo llevan a Chiapas, donde coinciden las labores de algunos religiosos católicos con la de activistas laicos.

## 4. LA ASAMBLEA DE LA SELVA

En Chiapas, como en experiencias revolucionarias anteriores de Latinoamérica, el éxito del movimiento insurgente ha sido resultado de la conjunción de grupos activos de izquierda, la Iglesia y los movimientos populares. Sin embargo, algunos detalles han cambiado profundamente el cauce de esta lu-

<sup>4</sup> Bonfil Batalla, Guillermo, *México Profundo. Una Civilización Negada*, México, pág. 229; Pozas Ricardo, *Los Indios en las Clases Sociales de México*, México, pág. 8.

<sup>5</sup> Periódico local *Tiempo*, San Cristóbal de las Casas, Chiapas, México, 11 de abril de 1995.

<sup>6</sup> En la localidad de San Andrés Larraínzar, donde se realizan las conversaciones de paz entre el gobierno y la guerrilla, la población ladina fue expulsada por 3.000 indígenas con machetes. Tello Díez, Carlos, «Chiapas y la Guerrilla», revista *Nexos*, núm. 208, abril de 1995, pág. 65.

<sup>7</sup> El libro *Zapata y la Revolución Mexicana*, de John Womack Jr., doctor en historia por la Universidad de Harvard, es popular entre los escasos militantes del EZLN que pueden leer.

<sup>8</sup> Periódico *La Jornada*, México, 16 de agosto de 1994.

<sup>9</sup> Villarreal, Rogelio, «Rebelión en el basurero», dentro del suplemento semanal de *La Jornada*, núm. 298, México, 26 de febrero de 1995, pág. 36.

<sup>10</sup> Guillén Vicente, Rafael, «Filosofía y Educación», tesis para obtener el grado de licenciado en filosofía, Universidad Nacional Autónoma de México, pág. 103

cha: al ser la primera revolución poscomunista del mundo, la zapatista se ha librado de muchos dogmas marxistas y del lazo con la Unión Soviética. Además, luego de muchos años en que la izquierda latinoamericana ha sufrido la represión en carne propia, por fin incorporó los valores democráticos y de los derechos humanos. Si en 1980 el joven Guillén Vicente se refería a los derechos humanos como un concepto burgués que protege los intereses de la clase dominante disfrazándolos de intereses de toda la humanidad<sup>11</sup>, en 1994 las organizaciones independientes de derechos humanos —que habían proliferado como respuesta al autoritarismo gubernamental— se volcaron a apoyar la paz y contribuyeron a la victoria moral de los zapatistas. Así, el ejército que detuvo al confrontación abierta en Chiapas está formado de civiles y su discurso pacifista terminó venciendo por igual al del gobierno y al de la guerrilla<sup>12</sup>.

No hay definición que sirva para explicar el resultado de la revuelta civil al interior de la revuelta armada. Si recurrimos a imágenes, hay que imaginar una asombrosa: la Convención Nacional Democrática realizada en la Selva Lacandona en agosto de 1994. Se trató de una extraña convocatoria del zapatismo a ciertos sectores de la sociedad para hacer una asamblea en la selva. La organización del evento no estuvo exenta de pugnas, exclusiones tajantes y criterios arbitrarios de representatividad, pero el resultado fue histórico. Niños, mujeres y hombres zapatistas marcharon ante más de 5.000 convencionalistas llegados de las ciudades; a cada paso, la milicia indígena se llenaba de un orgullo inédito, desfilando como vanguardia transformadora del país (ruptura psicológica inversa a la que provocara la conquista española hace quinientos años). Por su parte, los militantes urbanos de una izquierda agobiada por fracasos y disputas internas se llenaron de ánimo en plena época de jauja neoliberal; cientos de estudiantes de filosofía, teatro y literatura —los universitarios más entusiastas en el apoyo a los zapatistas y quizá los opuestos perfectos de la tecnocracia utilitaria y antihumanista en el poder— recibieron una descarga estética indescriptible: aquéllo era el barco selvático de Fitzcarraldo, una alucinación de Juan Jacobo Rousseau, la resurrección del Che Guevara, en presencia de cantantes populares, profesores-proletarios, sacerdotes, escritores anónimos y célebres, sindicalistas, feministas, etc.

Antes de que la Convención fuera convertida en

Torre de Babel por los oradores de la plurisectaria izquierda mexicana, una tormenta derribó una lona enorme que habían montado los zapatistas y fundió a la concurrencia en un lodazal. Así terminó la primera aventura.

La revolución que sucede en Chiapas sigue siendo una locura que se alimenta de conciertos de miles de personas al aire libre, de caravanas de ayuda humanitaria que no dejan de ser fiestas trashumantes, de batallas epistolares en los periódicos y «diálogos de paz» que les destrozan los nervios a los enviados del gobierno. Detrás de la euforia, sin embargo, la guerra duerme.

A los pacifistas comprometidos con el movimiento les ayuda escuchar que el subcomandante Marcos diga, como renunciando a aspiraciones personales, que «no puede ser que alguien que haya tenido que recurrir a las armas pueda conducir un país»<sup>13</sup>. En cambio, las elites intelectuales mexicanas alimentadas por el sistema político temen «pecar de pensamiento» por reconocer las virtudes de una revuelta popular y la condenan usando la misma arrogancia intelectual de los tecnócratas. Miran con desconfianza a las organizaciones ciudadanas, dudan que los indígenas tengan conciencia política y descalifican al movimiento por su origen armado, pues «toda clase de violencia es mala». A cambio, también han recibido lecciones admirables. Norberto Bobbio supo que en México los intelectuales gobiernistas desempolvaron un texto suyo para justificarse moralmente y les respondió publicando un artículo en el periódico *La Jornada*. «¿La paz es un fin absoluto?» se preguntó en voz alta Bobbio, y respondió tajante: «No. Ella es uno de los posibles objetivos a los que tiende la humanidad.»<sup>14</sup>

La paz también parece ser uno de los objetivos de los neozapatistas, pero junto a los otros de justicia y democracia. El futuro de esta utopía de fin de siglo es incierto, la posibilidad de construir un sistema democrático, legítimo y estable en México se enfrenta a muchos obstáculos e intereses. Las elites y los sectores conservadores de la clase media se preguntan por qué no se ha exterminado a los rebeldes. Si a estos grupos no les pueden responder la razón y la ética, podrían hacerlo argumentos de tipo militar, de voces desde Robert McNamara, quien aprendió que las soluciones militares no son las adecuadas en las guerras populares, hasta Mao Tse Tung, quien decía que los guerrilleros son los peces y el pueblo es el agua en que éstos habitan. De Mao hay que recibir la advertencia: «Cuando la temperatura es propicia, los peces se multiplican».

<sup>11</sup> Guillén Vicente, Rafael, *Ob. cit.*, págs. 19 y 88.

<sup>12</sup> Algunos intelectuales gobiernistas denuncian que la movilización de la «sociedad civil» por la paz no es amplia, sino localizada exclusivamente en la izquierda. Si es así se debe a que el único partido sensible al surgimiento de las organizaciones no gubernamentales ha sido el de la Revolución Democrática (PRD).

<sup>13</sup> Entrevista al subcomandante Marcos realizada por Tessa

Brisac y Carmen Castillo, en agosto de 1994, para la televisión francesa.

<sup>14</sup> «Los límites del pacifismo», *La Jornada*, México, viernes 11 de marzo de 1994. El texto de Bobbio que usaron con oportunismo los intelectuales mexicanos fue «Los intelectuales y el poder», revista *Nexos*, número 195, marzo de 1994, México.